



Homilía en la Misa de Ordenación de Presbíteros

S. I. Catedral de Orihuela, 19 de diciembre de 2020

Sin duda para los tres ha llegado una hora culminante en vuestra vida. Hasta hoy habéis recorrido un camino, diverso en cada uno, un itinerario, en el que haciéndonos eco de la Palabra de Dios en el libro de Jeremías (1ª lectura: Jer 1, 4-9), la Providencia habiéndoos escogido desde el inicio de vuestro existir, os ha ido acompañando, cuidando hasta este momento profundamente configurador de vuestra existencia. Es el misterio entrañable de la vocación; un misterio de amor de Dios hacia cada uno de vosotros y hacia su Pueblo, por el que sigue dando pastores según su corazón.

Contemplando todo esto, me permito destacar: la importancia de dejarse moldear por el Señor, por su Espíritu, no solo –en vuestro caso– hasta hoy, en lo que en la “Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis” se denomina “formación inicial”, -la del Seminario-, sino a seguir en “formación permanente”, a partir de vuestra ordenación, dejándoos formar –configurar con el Señor- y ello, poniendo los medios necesarios por vuestra parte. Además, destaco el valor de las mediaciones de las que Él se ha servido para que hoy estéis aquí. Por ello ya inicialmente deseo dar las más sentidas gracias a cuantos han colaborado con el Señor en vuestro itinerario vital y creyente y en vuestra formación para recibir el Sacramento del Orden: vuestros familiares, vuestros formadores –en el Seminario y en otras mediaciones de discernimiento y ayuda vocacional– vuestros sacerdotes y comunidades cristianas, tantas buenas gentes de las que Él se ha valido para que hoy estéis aquí.

A vosotros, que por la imposición de las manos y la plegaria de ordenación vais a ser configurados con Cristo, Cabeza, Siervo, Pastor y Esposo; incorporándoos a la familia del presbiterio y al servicio de nuestra

Iglesia, me atrevo a mencionaros tres palabras –a modo de referencia– para el momento y el nuevo inicio como presbíteros que hoy realiza en vosotros el Espíritu Santo: la unidad, el servicio, la confianza.

Unidad con el Señor y en el Señor. Somos “un cuerpo en Cristo”, nos ha revelado a todos San Pablo en la segunda lectura (Rom 12, 4-8). Pero, además, por el Sacramento del Orden, a tal punto llega vuestra unión y configuración con Él, que debéis sentiros “enviados” como el Padre le envió a Él, como le hemos oído decir a Él a los discípulos en el Evangelio que acaba de ser proclamado (Jn 20, 19-23). Esta unión es tan fundamental que con el paso de los años en el ejercicio del ministerio os iréis convenciendo cada vez más de sus palabras, de su consejo y advertencia hecha imagen: Yo soy la vid y vosotros los sarmientos, unidos a mí daréis fruto, sin mí no podéis hacer nada; quedaréis solos y sin fruto (Cfr. Jn 15, 5). Unidad que se cuida y acrecienta en la escucha de la Palabra, la oración en sus diversas formas, y, sobre todo en la Eucaristía.

Papa Benedicto XVI, en una homilía de ordenaciones sacerdotales de la diócesis de Roma (7 de mayo de 2006) destacaba lo importante que es “para el sacerdote la Eucaristía diaria”. Señalando: “La Eucaristía debe llegar a ser para nosotros una escuela de vida, en la que aprendemos a entregar nuestra vida”. Esto personalmente lo quiero resaltar en circunstancias de pandemia que podrían producir ciertos encogimientos celebrativos, y en el año que nuestra diócesis destaca la Eucaristía en las Orientaciones para el curso.

Unidad que debe ser reflejada en el actuar de vuestro ministerio; unidad vivida y ejercitada en la comunión que es la Iglesia universal, y en su encarnación que es la Iglesia diocesana; comunión afectiva y efectiva con el obispo, con los hermanos sacerdotes, con el Pueblo de Dios a quien servimos, unidad porque nos complementamos desde funciones distintas y que se expresa en el servicio mutuo, como San Pablo nos ha revelado. El servicio no solo es consustancial al cristiano como miembro de Cristo, sino, además, en nosotros, sacerdotes, debe serlo por configurarnos a Él por el sacramento del Orden, con Cristo Pastor que vino a servir y a dar la vida. Pidiendo tener los sentimientos suyos, que se compadecía ante la necesidad de la gente, que tenía entrañas de compasión. Con

sentimientos, pues, de amor y pasión por el Pueblo, como muy bien nos recuerda papa Francisco. Recordemos: no sois sacerdotes porque el pueblo os elige, pero sí lo sois porque el Señor Jesús os ha elegido y llamado para servir a su pueblo y conducirlo al precioso destino de vivir en Cristo, en quien se encuentra el amor del Padre. Habéis sido elegidos para servir evangelizando. Para preparar los caminos al Señor, para conducir a Él y señalarlo como nuestro Salvador, como estos días de Adviento nos ha recordado la figura del Bautista. Testigos de la Verdad, del Evangelio, dando la vida, sirviendo a nuestro Pueblo, aunque sintáis que os faltan las fuerzas.

Y todo esto, no es en la práctica pura poesía, sino cruda realidad que se materializa en renunciar a nosotros mismos, a los propios planes que pueden desear llevarnos a una vida arreglada según el propio gusto, para pasar, por amor al Señor y servicio a su Pueblo, a ser sacerdotes verdaderamente disponibles, que han entregado su tiempo a las necesidades que les reclaman, porque viven en la pobreza de quien hace de su vida pan que se deja comer y alimenta a los demás, porque ansían ser sencillamente accesibles, porque como Jesús se han encarnado por amor y en servicio a su Pueblo, por ser en medio del mundo, y sin ser del mundo, propiedad del Señor que se vale de nuestras personas, sacerdotes, para hacer presente su amor, su voz, su salvación.

Cuando uno piensa mucho todo esto, es lógico que se vea incapaz, pero lo nuestro es confiar, porque esta entrega en el servicio que se nos pide, esa identificación con el Señor, buen pastor que da la vida, no es nuestra obra sino la suya, que se realiza e inicia en el sacramento que vais a recibir, y que en su gracia se desplegará a lo largo de vuestra vida, al punto que Él es el que pondrá sus palabras en vuestra boca, como le decía a Jeremías en la primera lectura, o como nos ha dicho el Evangelio: Jesús os da su Espíritu para que perdonéis los pecados; el perdón no procede de nosotros, procede de Él. Es Él el que obrará en ti, por el sacramento del Orden. Confíad en Él, apoyaos en Él, pues está contigo y obra en ti.

La confianza es fundamental; y es especialmente necesaria en esta época tan extraña en la que vivimos por la pandemia. Ayer mismo, 18 de diciembre, el cardenal Cantalamessa en su tercera y última predicación de

Adviento al Papa destacaba esto: Él ha venido a “morar entre nosotros”; y hacía referencia a la predicación de Papa Francisco en el recordado acto del 27 de marzo en Plaza de San Pedro, donde aludía que en plena tempestad en la que estamos es posible que nos ocurra la falta de fe de los apóstoles al olvidar “que no estamos solos en la barca y a merced de las olas”. Vosotros, los tres que vais a ser nuevos presbíteros, ante la misión que se os va a confiar, ante la tarea gloriosa de configuraros con Cristo buen pastor, no estáis solos, la obra en vosotros y con vosotros es de Él, de su gracia, y por tanto cogidos a Él, en la comunión de su Iglesia, no estaréis “a merced de las olas”.

En estos tiempos importa afianzarnos en la fe de que “Dios está con nosotros”, y apoyados en Él, por su gracia, ser testigos de esperanza en nuestro mundo. Urge la revolución de la esperanza ante una Humanidad rendida, autoderrotada, que expresa su derrota en leyes como la eutanasia. Pensemos como cristianos, como sacerdotes, la imperiosa necesidad de predicar y testificar de la vida y la esperanza.

María, Virgen de la Esperanza, se erige especialmente hoy ante vosotros tres como el gran referente y modelo de la vida sacerdotal que Dios inicia en vosotros. Hoy, suplicad su intercesión como Madre, para que con su amor os acompañe en la nueva vida. En este sábado, víspera del IV domingo de Adviento, cuyo evangelio nos traerá en la Anunciación las palabras del Ángel Gabriel a María: “alégrate”, “no tengas miedo”; hacedlas vuestras, como si se pronunciaran para infundiros ánimo, paz, confianza en estos momentos; un evangelio que, también, nos traerá el sí de María a la voluntad de Dios sobre su vida; unid vuestro sí de hoy al sí de María; poneos así en aceptación confiada, en manos del Señor como ella, para que Él en vosotros obre el milagro, de que como María en Belén trajo a Jesús, vosotros por gracia del sacramento del Orden, por obra del Espíritu Santo, lo hagáis también ya hoy, dentro de unos instantes en la Eucaristía. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.

